

## LOS JUEGOS QUE LOS ACADÉMICOS JUEGAN: UNA CONVERSACIÓN CON MICHAEL BURAWOY

*THE GAMES ACADEMICS PLAY:  
A CONVERSATION WITH MICHAEL BURAWOY*

*OS JOGOS QUE OS ACADÊMICOS JOGAM:  
UMA CONVERSA COM MICHAEL BURAWOY*

**Michael Burawoy\***, **Guilherme Nothen\*\***

**Palabras clave**  
Sociología Pública.  
Juegos.  
Hexis Corporal.  
Movimientos  
Sociales.  
Deporte.

**Resumen:** Michael Burawoy, expresidente de la American Sociological Association y de la International Sociological Association, es uno de los científicos sociales más destacados de inicios del siglo XXI. Después de hacer trabajo de campo en etnografía durante buena parte de su carrera académica, Burawoy recientemente centró su atención en las divisiones del trabajo internas a su disciplina, generando un análisis provocador que culminó en su defensa de la sociología pública. En la conversación que sigue, Burawoy usa ejemplos de su investigación etnográfica para abordar temas predominantes en la sociología del deporte. Formula sus visiones sobre los movimientos sociales que estallaron recientemente en varias partes del mundo y presenta una crítica incisiva a la mercantilización del deporte y del ocio.

**Keywords**  
Public Sociology.  
Games.  
Bodily Hexis.  
Social movements.  
Sport.

**Abstract:** Michael Burawoy, former president of the American Sociological Association and the International Sociological Association, is one of the most distinguished social scientists of the early 21st century. Having been engaged in ethnographic fieldwork for a great deal of his academic career, Burawoy has lately turned his attention to the internal divisions of labour in his discipline, engendering a compelling analysis which culminated in his case for public sociology. In the following conversation, Burawoy draws upon examples from his ethnographic research to address prevalent themes in the sociology of sport. He articulates his views on the social movements that have recently erupted in various parts of the world, and provides an incisive critique of the commodification of sports and leisure.

**Palavras-chave**  
Sociologia Pública.  
Jogos.  
Hexis Corporal.  
Movimentos Sociais.  
Esportes.

**Resumo:** Michael Burawoy, ex-presidente da American Sociological Association e da International Sociological Association, é um dos cientistas sociais mais destacados do início do século XXI. Depois de ter realizado trabalho de campo em pesquisa etnográfica durante boa parte de sua carreira acadêmica, Burawoy recentemente direcionou sua atenção às divisões do trabalho internas à sua disciplina, produzindo uma análise instigante que culminou em sua defesa da sociologia pública. Na conversa a seguir, Burawoy usa exemplos de sua pesquisa etnográfica para abordar temas predominantes na sociologia do esporte. Ele formula suas visões sobre os movimentos sociais que eclodiram recentemente em várias partes do mundo e apresenta uma crítica incisiva à mercantilização do esporte e do lazer.

\* \* Department of Sociology. University of California, Berkeley, USA.  
E-mail: burawoy@berkeley.edu

\*\* Faculty of Kinesiology and Physical Education. University of Toronto. Toronto, Canada.  
E-mail: g.reisnothen@mail.utoronto.ca

Recibido em: 11-05-2014  
Aprovado em: 14-11-2014



*Las llamadas revoluciones de 1848 no pasaron de meros incidentes – pequeñas fracturas y fisuras en la cáscara seca de la sociedad europea. Sin embargo, denunciaron el abismo. Por debajo de la superficie aparentemente sólida, revelaron océanos de materia líquida, necesitando apenas expansión para transformar en fragmentos continentes de roca dura. De forma ruidosa y confusa, proclamaron la emancipación del proletario, es decir, el secreto del siglo XIX y de la revolución de aquel siglo.*

Karl Marx (1856)

Tal vez más conocido por los lectores de la *Revista Movimento* por sus contribuciones al fortalecimiento de la “sociología pública”, Michael Burawoy (MB) es profesor de sociología en la Universidad de California, en Berkeley. Por más de 40 años, ha empleado técnicas etnográficas en el estudio de locales de trabajo industriales, en países tan diversos como Zambia, Rusia, Hungría y Estados Unidos. Entre los resultados más destacados de ese vasto trabajo de campo –que acabó llevando a la formulación de su “método del caso extendido”– están los libros *Manufacturing Consent: Changes in the Labor Process Under Monopoly Capitalism* (1979) y *The Politics of Production: Factory Regimes Under Capitalism and Socialism* (1985).

Aunque la mayor parte de la investigación de Burawoy esté centrada en las relaciones de trabajo/poder y en las luchas de la clase trabajadora, su producción académica también abarca una amplia gama de temas, que incluyen: consideraciones metodológicas sobre la práctica de la etnografía, el deterioro de las condiciones de trabajo en medio a la creciente corporativización de las universidades norteamericanas, los desafíos y las posibilidades de una “sociología global” y, dentro de un cuadro más teórico, una reevaluación de la relevancia del marxismo para los proyectos de izquierda contemporáneos.

Paralelamente a esa producción académica tan prolífica, Burawoy fue presidente de la American Sociological Association (ASA) desde agosto de 2003 hasta la 99ª reunión anual de la institución, realizada en California, en agosto de 2004 –ocasión en que pronunció el discurso recordado en esta edición especial. Además, concluyó recientemente su mandato como presidente de la International Sociological Association (ISA), cargo que ocupó de julio de 2010 a julio de 2014. Burawoy también es editor de la *Global Dialogue*, una revista publicada por la ISA.

A lo largo de la última década, gran parte del trabajo de Burawoy ha sido dedicado al avance de la “sociología pública” –una labor que, en términos generales, está anclada en el entendimiento de que existe una determinada división del trabajo dentro de las disciplinas que trabajan con modos sociológicos de investigación y que, aunque hayan surgido, en el transcurso del siglo XX y lo que va del XXI, perspectivas radicales que ganaron destaque en las esferas “profesional” y “crítica” de esas disciplinas, la producción académica en ese contexto tuvo un impacto limitado en la configuración del mundo en que vivimos (y, por lo tanto, en la tareas referentes a las “sociologías públicas” y sus practicantes). Más allá de la academia, Burawoy ha sido, él mismo, un activo sociólogo público y, en lo que se refiere al dominio de la política identitaria que suele reunir a británicos y brasileños, es un dedicado hincha del Manchester United.

La entrevista relatada a continuación fue realizada por un hincha de un club de fútbol también rojo y blanco, del extremo sur de Brasil, que comparte con Burawoy los fardos y

las alegrías de apoyar y sufrir por su equipo a la distancia. Guilherme Nothen (GN) es doctorando en la Universidad de Toronto, donde realiza actualmente –informado por métodos etnográficos e históricos– una investigación sobre el ascenso y caída de la producción de equipos de hockey en Canadá, así como algunos proyectos paralelos que tratan del (ab)uso de animales en el deporte. El intercambio de ideas que sigue se dio por e-mail durante el primer semestre de 2014.

**GN:** En nombre del equipo y del consejo editorial de la *Revista Movimento*, me gustaría agradecerle una vez más por la generosidad de aceptar nuestra invitación para esta entrevista. Estamos ansiosos para escuchar sobre los desafíos y las contribuciones que usted, como sociólogo destacado en su área de especialización, será capaz de traer a nuestro campo de investigación.

A usted parece gustarle mucho utilizar la noción de “combate” como metáfora para varios problemas que enfrentamos en la vida académica: usted ya describió el proceso de escribir y orientar una disertación como una relación basada en un desequilibrio inherente del poder y que se desdobra como un “combate” en una serie de tareas, ritos e intereses (BURAWOY, 2005); usted sugirió que la universidad pública, permeada por ideologías confrontadas, es un permanente “campo de batalla de utopías reales en disputa” (BURAWOY, 2012) y –tal vez lo más significativo para nuestra área de estudio– su libro *Conversations with Bourdieu* (2012) versa sobre la intrigante caracterización que hace de la “sociología como deporte de combate” –una idea que usted ha profundizado y que acabó tomando forma en su intento perspicaz de retratar las perspectivas de aquellos que habrían sido algunos de sus potenciales “combatientes”. Además, acaba de organizar una colección de artículos de conocidos sociólogos públicos con el título: *Precarious Engagements: Combat in the Realm of Public Sociology* (BURAWOY, 2014). ¿Usted diría que las entrevistas (y aquí yo también me refiero a éstas en el sentido metodológico) también son un poco como “combates”? En ese caso, dentro del espíritu de autopreservación, yo consideraría apropiado comenzar esclareciendo cual es su posición en relación a las –un tanto controvertidas– nociones de “espíritu deportivo” y “fair play”...

**MB:** ¡Que interesante! Nunca había reflexionado seriamente sobre la idea de combate, aunque, como usted señala, yo la haya usado en muchos contextos. Es verdad que veo la vida académica como un combate, y ya participé en batallas interminables, y muchas veces sin sentido, a lo largo de mi carrera académica. Tal vez me haya vuelto más consciente de su importancia cuando estudié política de taller en una industria de Chicago. Allá fue donde vi el poder del “juego” para inducir el consentimiento activo de los trabajadores, que patrullaban, ellos mismos, las reglas cuyo efecto era garantizar lucros a su empleador. Estuve en otras situaciones, por ejemplo, en Rusia, en el último año del régimen soviético, cuando los juegos de fábrica se suspendieron en nombre del combate abierto. En realidad, la empresa fue consumida por una guerra civil.

Siempre pensé que la metáfora del juego captaba bien la idea de la estructura social en la cual los actores presentan agencia que resulta en la reproducción de limitaciones. La metáfora del juego es una manera de pensar a través del aforismo de Marx, de que las personas hacen la historia, pero no en condiciones de su propia elección. Y se volvió una cuestión de comprender la dinámica de los juegos, cómo ellos se destruyen o se transforman, así como el modo cómo se entrecruzan entre sí, pero eso es otra historia.

Sobre su pregunta, yo siempre me sentí intrigado por los juegos que los académicos juegan, juegos de reconocimiento en los cuales lo que parece totalmente trivial visto desde fuera se transforma en una gran apuesta para los propios jugadores. En este caso, Bourdieu me ayudó a pensar en la importancia de la dominación en los juegos, a pesar de que él no da la debida relevancia a la explotación que muchas veces es la condición oculta en ellos.

Hablando de Bourdieu y *fair play*, es curioso que el título de la película sobre su vida, *La Sociologie Est un Sport de Combat* (2001) haya sido traducido al inglés como *Sociology Is a Martial Art*. La razón, supongo, es que en Francia, especialmente en las altas esferas, la vida académica es un deporte sin reglas, una lucha abierta por el poder soberano, se podría decir, mientras que en los Estados Unidos es una competición más suave, con reglas, dentro de regímenes disciplinarios. Llamar a la sociología “deporte de combate” en los Estados Unidos sería efectivamente desacreditarla, en tanto que, en Francia, ¡es más probable que sea una expresión de aprecio! Uno de mis colegas es francés y está continuamente desacreditándose, sin lograr o sin disponerse a seguir las reglas de los Estados Unidos, nuestro código de conducta profesional. Trato de imaginar cómo debe ser en Brasil, donde la influencia francesa, por lo menos en las ciencias sociales, es tan fuerte.

**GN:** ¡Sus observaciones sobre reglas y códigos de conducta, así como algunos de sus efectos prácticos, son muy estimulantes! No estoy seguro de hasta dónde podemos llevar la analogía con la academia en ese caso, pero, permaneciendo por un momento en el terreno de los deportes profesionales, una cosa que siempre me intrigó es la manera como nuestra obsesión generalizada con la “justicia” de la competición (pensemos en la cuestión del “*doping*”, por ejemplo), recuerda mucho el razonamiento meritocrático de las sociedades capitalistas y, por lo tanto, en su mayor parte, sólo fue formulada en un nivel superficial, es decir, principalmente en forma de reglas y códigos de conducta que se refieren al “campo de juego”. Al contrario, la “injusticia” estructural, las enormes disparidades económicas entre los equipos del fútbol europeo, por ejemplo, casi nunca es cuestionada. Y si alguien avanza más en ese camino de investigación, pronto verá una paradoja intrigante, que es el hecho de que los pocos intentos serios en el sentido de la “redistribución de la riqueza” en los deportes profesionales –las políticas norteamericanas de elección de jugadores por sorteo (*draft lottery*), uso compartido de ingresos (*revenue sharing*) y tope salarial (*salary cap*)– fueron desarrolladas en el centro del capital financiero y en sociedades que, históricamente hablando, han sido muy resistentes a la mayoría de los esfuerzos en ese sentido.

Pero usted también hace una pregunta muy interesante, y yo temo que mi respuesta sea apenas parcial, debido a mi conocimiento limitado de las cuestiones en discusión. Como usted ha señalado con precisión, el desarrollo de las ciencias sociales en Brasil ha sido muy influenciado por la producción académica de Europa continental (y, sobre todo, de Francia). Sin embargo, me parece que las dos últimas décadas también se han caracterizado por una creciente influencia del “ethos” académico norteamericano (y yo agregaría, británico), que se expresa, entre otras cosas, en la reglamentación de la investigación a través de subsidios y becas de estudio, por la institucionalización de varios procesos permanentes de evaluación y medición, y por el intento de cuantificar casi todo. Yo creo que el cambio gradual en dirección a esas visiones de la vida académica puede haber tenido el efecto de minimizar la importancia de interacciones polémicas entre estudiosos brasileños, a pesar de que éstas aún ocurren, comprensiblemente, en un país apesadado entre esas tradiciones académicas dominantes.

Con relación a los abordajes “combatientes”, yo recuerdo un debate muy curioso en el campo de estudios de los deportes, que tal vez usted considere interesante. Alrededor de mediados/fines de la década de 1990, el trabajo de la llamada “Escuela de Leicester” –que fue pionera en el estudio del hooliganismo en el fútbol del Reino Unido, basándose en el legado de Norbert Elias y en las referencias de la sociología figuracional– empezó a ser atacada por un grupo de estudiosos que realizaban un tipo de investigación más “etnográfica” sobre el tema. El embate entre esas dos escuelas se hizo tan intenso que un comentarista sugirió que, “sin querer banalizar algunas de esas rivalidades académicas, se pueden ver semejanzas entre su comportamiento y el de las personas que estudian” (BAIRNER, 2006, p. 595). Lo inusual, en este caso, es que el “combate” no fue apenas escenificado simbólicamente, sino que, se puede decir, fue alimentado a partir de la propia investigación empírica, casi como si esos estudiosos estuviesen buscando “corporificar”, dentro de la esfera académica, algunos de los valores y de las prácticas predominantes en la cultura de los hinchas que estaban intentando representar.

Hablando de corporificación, estoy muy feliz de que usted haya traído a Loïc Wacquant a nuestra conversación, ya que suele ser considerado un estudioso muy influyente en nuestro campo, debido a sus contribuciones al estudio de las prácticas corporales. Estando inmerso en trabajo de campo por un periodo tan largo, ¿cómo explica usted la cuestión de la corporificación en su propia producción académica, sobre todo teniendo en cuenta el esfuerzo físico que suele estar implicado –pero que, también, es tantas veces ocultado– en el proceso del trabajo?

**MB:** Esa es otra cuestión a la que he dado muy poca atención. Usted tiene razón, la corporificación es una característica central de la vida de trabajo y es central para la forma en que los trabajadores se “reconocen” unos a otros. Llegado de la clase media sin nunca haber realizado trabajo físico como medio de subsistencia, mi entrada en la vida de la fábrica fue un gran espectáculo –y una humillación desde el inicio. Mi *hexis* corporal se destacaba, situándome en una posición torpe entre los nacidos en la clase trabajadora. No era sólo una cuestión de falta de forma –mis movimientos sin coordinación en el galpón de la fábrica se volvieron un peligro para mí mismo, así como para el resto. En realidad, es un milagro que yo todavía esté vivo. Podemos hablar como si el trabajo no calificado o semicalificado fuese un trabajo sin calificaciones, como algo que cualquiera puede aprender, pero eso simplemente no es verdad. Todo ese trabajo presupone calificaciones tácitas, generalmente adquiridas desde muy temprano, en comunidades de clase trabajadora. Incluso un acto tan simple como palear minerales o remover basura con una pala es un arte, como descubrí, para mi disgusto, cuando me hice calderero en una siderúrgica húngara. Yo asistía atónito como una pala con experiencia mandaba su contenido en arco por el aire, lo que era aún más impresionante cuando se comparaba a mis propios esfuerzos torpes para combatir la gravedad. Mi comportamiento corporal era una vergüenza permanente.

Desde el punto de vista sociológico, la respuesta evocada por mi cuerpo extraño me ofrecía todo tipo de visiones de “forastero dentro” sobre la cultura de la clase trabajadora. Las diferencias en la forma en que las comunidades responden a la incompetencia revelan mucho. En Chicago, a mis compañeros de trabajo no les gustaba mi presencia, y tenían razón, ya que yo era un peligro para todos. Yo era una afronta a la concepción que ellos tenían de sí mismos como trabajadores experimentados. En Hungría, por otro lado, consideraban

mi incompetencia divertida, y me veían como un recurso en otros aspectos –una fuente de información sobre los Estados Unidos (eso fue en 1980, cuando Hungría, aunque todavía socialista, se estaba abriendo al Occidente) y una distracción divertida y aparentemente inofensiva. Encontraban que mi húngaro hablado era infinitamente divertido y, así, todos mis defectos se volvían marcas de cariño, tan diferente a Miklos Haraszti, autor de *A Worker in a Worker's State* (1977). En la condición de disidente húngaro enviado por el Estado para trabajar en la fábrica como castigo, él era muy evitado por sus colegas de trabajo. Mis experiencias en Hungría también fueron muy distintas a las que tuve en Rusia, donde trabajé en una fábrica de móviles en 1991, cerca del final de la Unión Soviética. Allá era yo, una vez más rechazado por mis colegas de trabajo, desconfiados de mi intención. ¿Qué estaría haciendo un profesor universitario norteamericano trabajando en una fábrica en el Círculo Ártico? Ellos nunca habían puesto los ojos en un norteamericano vivo, ni en un profesor, mucho menos en un profesor norteamericano trabajando en su fábrica.

Sólo más tarde vine a descubrir cuál era la verdadera fuente de su animosidad. Mi supervisora decía a sus trabajadores que era mejor que ellos llegaran puntualmente al trabajo, porque un profesor norteamericano los estaba observando. Entonces, me estaban usando como un fantoche para el combate de clase en la fábrica. Más que eso, fue un momento de gran privación, no sólo por la escasez generalizada, sino debido a la prohibición del alcohol, que significaba ausencia del lubricante social más importante.

Pero permítame retomar ese asunto de la *hexis* corporal. Al escribir sobre la clase trabajadora, Bourdieu es muy despreciativo, porque, dice él, los trabajadores no logran entender las condiciones de su propia subyugación. Ellos internalizan las clasificaciones dominantes como siendo suyas –clasificaciones que desprecian su propio modo de vida. Ese es un abordaje muy intelectualista de la clase trabajadora. Si hubiese llevado su propia preocupación sobre la corporificación a la clase trabajadora, tal vez habría percibido la inversión de su jerarquía basada en el uso calificado del cuerpo. En esa clasificación, que está en el centro de la consciencia de la clase trabajadora, los dominantes son dominados y despreciados. Yo experimentaba en la fábrica toda la vergüenza y todo el constreñimiento que Bourdieu atribuye a los trabajadores, cuando me confrontaba con preguntas sobre música, comida, arte, películas que ellos “apreciaban”. De modo que sí, realmente, la corporificación constituye la consciencia práctica de la clase trabajadora, muy semejante a la forma en que Gramsci escribió, y es papel de los intelectuales orgánicos darle una forma cultural.

**GN:** Lo que usted ha llamado “*hexis* corporal” me parece una noción fascinante, y que parece hablar directamente a nuestros esfuerzos para hacer avanzar aún más una rama del conocimiento académico que coloca la cuestión de la corporificación en el centro de sus investigaciones. Hablando de algo relacionado, puede ser interesante resaltar que, coqueteando con una idea un poco semejante, algunos educadores físicos y sociólogos del deporte pasaron a formular, también valiéndose de la obra de Bourdieu, los conceptos de capital “físico” o “corporal” –aunque generalmente tengan en mente intereses bastante diferentes cuando comparados a los que surgieron en su respuesta, como, por ejemplo, la manera con que las jerarquías establecidas entre niños en edad escolar suelen estar ancladas en habilidades atléticas/deportivas, etc.

Sin embargo, quedé intrigado con los ejemplos empíricos que usted presentó para ilustrar esa idea de “*hexis* corporal”, ya que exponen de forma tan vívida la desconexión

entre trabajo físico e intelectual que, de acuerdo con los primeros textos de Marx, está en el corazón del razonamiento ideológico (y esa tensión quedó evidente, aunque usted, habiendo hecho trabajo de campo por tantos años, probablemente sea mucho más calificado en trabajos manuales que la mayoría de los académicos de carrera). Teniendo en cuenta que, cerca del final de su última respuesta, usted ya empezó a discutir una tarea que parece estar vinculada al emprendimiento de la sociología pública, ¿podría usted hablar un poco más sobre esa transición de la “consciencia práctica” a la “forma cultural”, particularmente en lo que se refiere a las prácticas corporales? Y, tal vez más ampliamente, ¿es posible que el proyecto de la sociología pública, en su opinión, de alguna forma busque resolver la disparidad entre trabajo físico e intelectual (o establecer un “puente” entre los dos), más o menos de la misma manera que intenta conciliar, quién sabe en un espíritu de fortalecimiento mutuo, la división del trabajo dentro de la disciplina de sociología?

**MB:** Esa es una cuestión interesante. En sus primeros escritos, más o menos en la época de las ocupaciones de fábricas en Turín, en 1920 y 1921, Gramsci, entonces editor de la revista cultural de los trabajadores *L'Ordine Nuovo*, tenía una visión bastante optimista sobre la posibilidad de relacionar trabajo mental y manual, desarrollando la consciencia práctica de los trabajadores hasta una forma cultural. Posteriormente, vería hasta qué punto pueden los trabajadores tener dificultades de desarrollar su propia cultura de clase y el importante papel de los intelectuales, pero, aún así, el problema estaba menos en los trabajadores y más en sus supuestos organismos de representación, sindicatos y partidos políticos. Fue por eso que prestó tanta atención al *Príncipe Moderno*, el Partido Comunista. En mi opinión, los problemas son aún más profundos y serán encontrados en las propias formas en que el trabajo está organizado en el capitalismo –formas que dan origen a la *mistificación*, un concepto que no se encuentra en Gramsci. Aunque él haya hablado sobre el nacimiento de la hegemonía en la fábrica de los Estados Unidos, esa hegemonía estaba relacionada a la *garantía* de consentimiento y no a la *ocultación* de la explotación.

Aquí comienzo a ser más parecido a Bourdieu y su afirmación de que el “no reconocimiento” necesariamente es parte de la experiencia de los dominados, incluyendo la clase trabajadora. Pero, para Bourdieu, la fuente del no reconocimiento reside en la formación inconsciente del *habitus*, la internalización de la estructura social que vuelve invisible la dominación. Soy de la opinión de que “el no reconocimiento” o lo que yo llamo “mistificación”, según Marx, es un producto no del *habitus* corporificado, sino de la situación social del capitalismo, de la forma como su *organización* esconde la explotación y organiza el consentimiento. Así, en otra forma de organización del trabajo y del régimen político, aquello que es mistificado bajo el capitalismo, es decir, la explotación, se puede volver transparente. Bajo el socialismo de Estado, por ejemplo, donde yo trabajé por muchos años en Hungría y en Rusia, la explotación y la dominación en la producción son tangibles y, por lo tanto, tienen que ser justificadas. Pero esta es una forma muy precaria de dominación, y genera demandas de que el Estado-partido corresponda a sus afirmaciones, generando lucha de clases y provocando la violencia de Estado.

Mientras que en el capitalismo avanzado los intelectuales pueden parecer ridículos al intentar representar sus intereses como si fueran los intereses de los trabajadores, en un orden socialista de Estado hay una base material potencial para que intelectuales y trabajadores formen un frente unido. Tal vez el mejor ejemplo de eso sea el Movimiento Solidaridad, de Po-

lonia, en 1980-81, principalmente en sus primeros tiempos, cuando los intelectuales cumplieron un papel importante no sólo al conectar diferentes grupos de trabajadores, sino también en la formulación de una teoría del movimiento –la revolución autolimitadora– que estaba detrás de su convocatoria a diferentes clases. En otras palabras, la posibilidad de un vínculo orgánico entre trabajo manual y mental varía de acuerdo con el contexto social y político.

Esta es, de hecho, una manera de pensar sobre la sociología pública –la relación entre el conocimiento sociológico y la consciencia práctica y cotidiana, no sólo de los trabajadores, sino de cualesquiera actores de la sociedad. Es la famosa definición de C. Wright Mills sobre imaginación sociológica, conectando problemas personales a cuestiones públicas, conectando la experiencia del medio a la estructura social más amplia. Sólo que eso es mucho más difícil de lo que él imaginaba. Simplemente presentar la sociología a las personas (incluso a los propios sociólogos) no las convence de su verdad. Es necesario mucho trabajo duro para sacarlas de sus capullos y hacer que vean el cuadro más amplio en el cual aquello que consideran libertad puede ser una manifestación de dominación.

El mundo conspira para hacer con que la sociología parezca increíble y no plausible –y el desafío de la sociología pública es romper el poder de la experiencia cotidiana, y hacerlo frente a la competencia con tantos mensajes alternativos. Tal vez en Brasil, con sus tradiciones de resistencia y movimientos sociales, con su historia de esclavitud, colonialismo y dictadura, sea más fácil transmitir la sociología que en los Estados Unidos, donde los sociólogos tienen que enfrentar la cultura del hiperindividualismo.

**GN:** Yo nunca había pensado sobre ese asunto por ese prisma, pero creo que usted tiene razón cuando sugiere que nuestras luchas de liberación ayudaron a crear una etapa duradera de agitación social en Brasil, al mismo tiempo que se puede incluso observar alguna sensibilidad para con el conocimiento sociológico entre los principios organizadores de esos esfuerzos colectivos. Pero me gustaría volver al problema de la articulación entre movimientos sociales e intelectuales públicos que usted ha mencionado antes.

No mucho tiempo atrás, irrumpieron manifestaciones de gran magnitud en todo Brasil, y entre sus características más notables estaba la ausencia de un liderazgo centralizado y un rechazo masivo a asociarse a símbolos y reivindicaciones presentadas por partidos políticos y sindicatos –a ese respecto, el caso brasileño fue, en realidad, bastante semejante a muchos otros movimientos sociales que ocurrieron recientemente en otras partes del mundo (como las protestas del *Occupy Wall Street* o los *Indignados* en España, para citar apenas dos). Curiosamente, algunos analistas argumentaron que fue justamente esa falta de una agenda claramente articulada lo que constituyó la gran fragilidad de esos movimientos sociales. Aún así, la mayoría de las corrientes tradicionales de izquierda fue incapaz de responder a ese desafío de una forma que no fuese depositando sus esperanzas una vez más en las antiguas instituciones dedicadas a la representación política de la clase trabajadora. Explorando más profundamente el trabajo de C. Wright Mills, eso nos colocaría ante el problema de determinar cuáles facciones de la sociedad podrían asumir la tarea de producir una transformación estructural (las “agencias radicales de transformación”, como dice él), mientras que su pesimismo sobre las perspectivas revolucionarias de la clase trabajadora ha sido percibido con escepticismo por otros defensores de la izquierda (por ejemplo, MILIBAND, 1962). Considerando que los intelectuales y sus públicos son tan multiformes como las agendas que buscan promocionar, ¿qué postura

asumiría usted en relación a las dificultades de unificar esas luchas y cuáles formas cree que esas alianzas asumirían?

También interesante respecto a esos movimientos sociales en Brasil, si me permite agregar, es la relación que tienen con los deportes. Me parece que esa conexión posee un carácter doble: por un lado, brota de la crítica a la corporativización y a la mercantilización de los propios deportes, y, por lo tanto, también puede tomar forma en las luchas interrelacionadas que buscan combatir el racismo, la opresión de género, la homofobia, etc., dentro de esa esfera. Pero esa relación también parece manifestarse, como vimos un año atrás, en la crítica a los megaeventos deportivos y al uso del interés público/internacional que éstos atraen como “catalizadores” para la rebelión contra la desigualdad social en general. ¿Cuáles considera que son las tareas centrales que deben ser realizadas por una “sociología pública del deporte” frente a esos acontecimientos recientes, y qué posibilidades existen de mantener la articulación y el avance de esas luchas, sobre todo teniendo en cuenta el compromiso del Estado brasileño con el deporte corporativizado que probablemente continuará influenciando su agenda política para los próximos años?

**MB:** Usted levanta dos cuestiones aparentemente dispares. Una está relacionada al posible cemento unificador de los movimientos sociales contemporáneos, mientras que la otra se refiere a la corporativización del deporte. Como usted sugiere, ambas están conectadas, están ligadas a través de la “mercantilización”. Vivimos en el mundo de lo que yo denomino mercadización de tercera ola, que muchos llaman neoliberalismo. Esta no es la primera vez que el mundo es sometido al fundamentalismo de mercado, pero es la ola más profunda de la mercadización, en la cual aparecieron arenas y modos de mercantilización completamente nuevos.

Para comprender su especificidad, podemos trabajar con la idea de mercadería ficticia de Karl Polanyi, es decir, aquellos factores de producción que, cuando mercantilizados, amenazan la existencia de la sociedad –en realidad, la existencia humana. Él se concentró en trabajo, tierra y dinero, y, de hecho, estamos viviendo hoy nuevas formas de mercantilización de la fuerza de trabajo, desde la subcontratación hasta el tráfico sexual; nuevas formas de mercantilizar dinero a través de la financierización, resultando en economías de deuda a niveles personales, nacionales y globales; nuevas formas de mercantilización de la naturaleza que incluyen la expropiación de tierras, la privatización de los recursos naturales, incluyendo el agua, e incluso el intento de mercantilizar el aire que respiramos, a través, por ejemplo, del comercio de carbono y de la compra del derecho de contaminar. La mercantilización del deporte, transformándolo en una gigantesca máquina de lucros y, en términos más generales, la mercantilización del ocio, representan casos claros de mercadización contemporánea. La mercantilización de la producción del conocimiento y su diseminación, producto de la privatización de la universidad, constituyen otra característica de la mercadización de tercera ola, con consecuencias funestas para llegar a soluciones para la devastación de nuestro planeta.

Se pueden identificar muchos de los movimientos sociales a los que usted se refiere con las exigencias de la mercantilización, tanto la creación de mercaderías a través de expropiación como la creación de nuevas y más profundas desigualdades. Claro que la forma en que esos movimientos sociales –Rebeliones Árabes, *Indignados*, *Occupy*, movimientos ambientalistas, etc.– se expresan políticamente variará de acuerdo con el régimen político, pero, como usted sugiere, ellos suelen desconfiar de una estrecha colaboración con la so-

ciudad civil y el Estado, ya que son esas instituciones formales las que están alimentando la mercadización a que esos movimientos se oponen. El Estado y la sociedad civil se volvieron instrumentos de la mercadización. La democracia liberal fue secuestrada por el capital y, en particular, por el capital financiero. Esos movimientos, por lo tanto, buscan formas alternativas de democratización –participativa, directa, prefigurativa y horizontal. Y América Latina es el hogar de esos movimientos, tal vez en parte porque la transición de la dictadura a la democracia haya sido particularmente decepcionante, coincidiendo con la mercadización de tercera ola y su manifestación local, en la forma de ajuste estructural.

Usted tiene razón al señalar los dilemas de esos movimientos –que no logran forjar la capacidad que podría amenazar el *status quo*. Como vimos a lo largo de los últimos cuatro años, muchos de los movimientos fueron la dinamita para desafiar, o incluso derribar, regímenes antiguos, pero no controlan los resultados, y trágicamente se convirtieron en víctimas de los procesos que desencadenaron. Egipto y Ucrania son ejemplos dramáticos, pero ninguno de los movimientos, con excepción, tal vez, del movimiento estudiantil chileno, avanzó en dirección a sus objetivos. Esos movimientos son capturados en un vicio irrevocable en el cual la organización formal y jerárquica absorbe y disipa el movimiento, así como la autosuficiencia no logra generar apoyo público, a pesar, en este caso, una vez más, de que América Latina, incluyendo Brasil, Argentina, México y Chile, sea excepción. Esos movimientos, muchos de ellos fuertemente reprimidos, son líquidos y suelen reaparecer donde menos se espera. En la condición de sociólogos, yo creo que nosotros tenemos que verlos como expresión de algo mucho más amplio, de fuerzas que ellos apuntan, pero no controlan, las fuerzas de la mercadización de tercera ola que asume diversas formas políticas y, cada vez más, debo agregar, con un carácter de derecha. A fin de cuentas, esa ola de mercadización sólo será detenida por un contramovimiento global que logre desafiar las maquinaciones del capital financiero, la destrucción del medio ambiente, incluyendo, claro está, el cambio climático. Nosotros ya podríamos estar testimoniando la violencia lenta que va a barrer una parte considerable de la población del mundo y, en su desesperación, llevará a una guerra de clases de proporciones inimaginables.

Y aquí tal vez la mercantilización del deporte sea relevante, pues es una mercantilización que crea un movimiento social que lo único que hace es alimentar aún más la mercadización. Mientras escribo, estoy asistiendo al inicio de la Copa del Mundo, que se tragó las protestas brasileñas contra el desvío de tantos recursos. Y yo estaba en África del Sur en el periodo preparatorio de la última Copa del Mundo, asistiendo a negocios ilícitos y fortunas que la clase dominante estaba amasando, así como a la expulsión de los comerciantes locales de sus locales de actividad, para no mencionar el enorme desvío de recursos de los pobres. Y, aún así, yo soy un hincha de fútbol tan ávido como cualquiera. Yo adoro a mi Manchester United, a pesar de los tiempos desastrosos que se abatieron sobre él, y yo lo apoyé en los buenos y en los malos momentos, desde que yo tenía siete años, aunque pueda condenar su financierización. La mercantilización termina por tener un atractivo muy propio, y la mayor lucha en el mundo de hoy no es contra la mercantilización, sino por la participación en la mercantilización, y no importa si eso significa conseguir un empleo de verdad o participar en la fantasía del consumismo. Si la mercantilización no se revierte, la sociedad humana realmente será barrida, pero, como alertó Polanyi, también debemos tener cuidado con esas reversiones, pues ellas pueden traer todos los tipos de regímenes desagradables al poder. La ciencia social, y el estudio de los movimientos sociales en particular, no pueden

mirar sólo hacia lo que es benigno o progresista; debe esforzarse para hacer una evaluación equilibrada sobre dónde nos encontramos y hacia dónde vamos, en un intento de restaurar alguna sanidad a la barbarie que nos rodea.

**GN:** Así, ¿sería justo decir que el combate contra la mercantilización y la imbecilización de la existencia humana es el “secreto” del siglo XXI?

**MB:** Vamos a llamarlo, entonces, secreto abierto.

## REFERENCIAS

- BAIRNER, Alan. The Leicester school and the study of football hooliganism. **Sport in Society**, v. 9, n. 4, p. 583-598, 2006.
- BOURDIEU, Pierre. **Outline of a theory of practice**. Cambridge, U.K: Cambridge University Press, 1977.
- BOURDIEU, Pierre. **Distinction: A social critique of the judgment of taste**. Cambridge, Mass: Harvard University Press, 1984.
- BOURDIEU, Pierre. **Pascalian meditations**. Cambridge, UK: Polity Press, 2000.
- BURAWOY, Michael. **Manufacturing consent: Changes in the labor process under monopoly capitalism**. Chicago: University of Chicago Press, 1979.
- BURAWOY, Michael. **The politics of production: Factory regimes under capitalism and socialism**. London: Verso, 1985.
- BURAWOY, Michael. For public sociology. **American Sociological Review**, v. 70, n. 1, p. 4-28, 2005.
- BURAWOY, Michael. Combat in the dissertation zone. **The American Sociologist**, v. 36, n. 2, p. 43-56, 2005.
- BURAWOY, Michael. **The extended case method: Four countries, four decades, four great transformations, and one theoretical tradition**. Berkeley: University of California Press, 2009.
- BURAWOY, Michael. The public university: A battleground for real utopias. Unpublished manuscript, 2012.
- BURAWOY, Michael. Marxism after Polanyi. In: WILLIAMS, Michelle; SATGAR, Vishwas. **Marxisms in the 21st century: Crisis, critique and struggle**. Johannesburg: Wits University Press, 2014.
- BURAWOY, Michael. (Ed.) Precarious engagements: Combat in the realm of public sociology [special issue]. **Current Sociology**, v. 62, n. 2, 2014.
- BURAWOY, Michael *et al.* **Ethnography unbound: Power and resistance in the modern metropolis**. Berkeley: University of California Press, 1991.
- BURAWOY, Michael; VON HOLDT, Karl. **Conversations with Bourdieu: The Johannesburg moment**. Johannesburg: Wits University Press, 2012.
- CARLES, Pierre. **Sociology is a Martial Art**. Betacam Videos/VHS, C-P Productions, Icarus Films: New York, 2001.
- GRAMSCI, Antonio. **Selections from the prison notebooks**. New York: International Publishers, 1971.
- HARASZTI, Miklos. **A worker in a worker's state**. London: Penguin Books, 1977.
- MARX, Karl. **The Eighteenth Brumaire of Louis Bonaparte**. New York: International Publishers, 1969.
- MARX, Karl. **Capital: A critique of political economy**. New York: International Publishers, 1967.

MARX, Karl; ENGELS, Friedrich. **The German ideology**. Moscow: Progress Publishers, 1964.

MILIBAND, Ralph. C. Wright Mills. **New Left Review**, n. 1/15, p. 15-20, 1962.

MILLS, Charles Wright. **The new men of power: America's labor leaders**. Urbana, IL: University of Illinois Press, 2001.

MILLS, Charles Wright. **The sociological imagination**. New York: Oxford University Press, 1959.

MILLS, Charles Wright. Letter to the new left. **New Left Review**, n. 1/5, p. 18-23, 1960.

POLANYI, Karl. **The great transformation**. Boston: Beacon Press, 1957.